





# DERIVAS

Título original:

*Drifts*

Primera edición: septiembre de 2023

© Kate Zambreno, 2020

Copyright de la traducción © Montse Meneses Vilar, 2023

Maquetación: Arcadio Mardomingo

Diseño de cubierta: Clara Sancho

Imagen de la página 66 (izquierda): *Dog, Westtown, New York (Scruffy Dog), 1978* © 1987, The Peter Hujar Archive LLC, cortesía de Pace/MacGill Gallery, New York, and Fraenkel Gallery, San Francisco; imagen de la página 69 (derecha): *Patricia Cawlings, Los Angeles, 1980* © The State of Sarah Charlesworth, cortesía de Paula Cooper Gallery, New York; imagen de la página 113: © Agence photographique du musée Rodin, Jérôme Manoukian.

© 2023, de la presente edición para todo el mundo:

Ediciones La uña RoTa, S. L.

Apdo. de correos 380, 40080 Segovia

Correo electrónico: ediciones@larota.es

www.larota.es

Depósito legal: DL SG 37-2023

ISBN: 978-84-18782-29-9

Impreso en España

Kate Zambreno

# DERIVAS

Traducción

Montse Meneses Vilar



**Ediciones La uña Roja**  
*Colección Libros del Apuntador*



*Para Sofia Samatar*

*Cero a cero.*



Debe tenerse en cuenta que el grueso del trabajo que realizaban era preliminar: bocetos, apuntes, anotaciones.

César Aira, *Un episodio en la vida del pintor viajero*

una obra que se intuye inacabada, escasa, relatos sobre la indisposición y la enfermedad, libros que te revuelven, diarios, susurros y notas

De la cuenta de Twitter eliminada de Sofia Samatar



I

BOCETOS DE ANIMALES Y PAISAJES



En el verano de 1907, en una carta que escribe a su esposa desde París, el poeta Rainer Maria Rilke medita sobre tres ramas de brezo dentro de una caja de lápices forrada de terciopelo azul que tiene delante en su escritorio. El esplendor de esos fragmentos, que llegaron doblados en la carta anterior de ella, es lo que ha estado admirando durante días. Observa los distintos tonos y texturas del brezo, el verde radiante moteado de oro como si fuese un bordado tejido con hilo de seda violeta en una alfombra persa, los complejos aromas otoñales que contiene, la profundidad, casi como la de una tumba, y, una vez más, el viento, el alquitrán, la trementina y el té de Ceilán, aunque también resinosos como el incienso. En ese momento su matrimonio es prácticamente epistolar. Su mujer, Clara Westhoff, escultora, está en la casa de campo que tienen en Alemania, cuidando de su hija pequeña, Ruth. Ya no puede ser la artista itinerante que mantiene estudios en París y en Roma y deja a la niña con los abuelos en el campo. Rilke escribe a Clara que le avergüenza de verdad no haber sido feliz cuando podía caminar entre la abundancia de ese brezo, cuando vivieron juntos durante aquel año de luna de miel, y se fija en las flores del verano urbano: las dalias, los altos gladiolos y los geranios rojos. En esas cartas ensaya una prosa que es como el clima que detalla, un lenguaje que elevará para su novela, que le llevará casi una década escribir. Ver y trabajar, escribe a Clara. Qué distintos son. Es en esa carta, mientras reflexiona sobre los fragmentos de brezo que no logró observar en los campos cuando ondeaban ante él, donde Rilke expresa su percepción sobre la imposibilidad del día y su relación con la escritura: «Si vivimos así de mal es porque nos adentramos en el presente siempre desprevenidos, incompetentes y sobre todo dispersos».

En verano de 2015 tenía previsto trabajar en *Derivas*, un libro que me habían encargado hacía prácticamente el mismo tiempo que llevaba viviendo en esta ciudad, donde alquilaba la planta baja de una casa victoriana destartalada en un barrio con árboles tan alejado que era casi residencial. El título del libro procedía de un sentimiento, y quería escribir con ese sentimiento. Lo que en realidad quería era escribir mi presente, algo que se antojaba imposible. Cómo puede un párrafo contener un día, o un día un párrafo, cuando a menudo no podía ni existir en la habitación, ni ahora en este párrafo. Siempre estaba dispersa.

En la editorial me dijeron que estaba escribiendo una novela, pero yo no lo tenía claro. Lo que no les conté es que lo que deseaba escribir era un librito sobre divagaciones y animales. Un objeto fino como el papel, un fantasma. Lleno de incandescencia por la posibilidad de un libro, así como una parálisis. Tal vez estuviese escribiendo una novela en el sentido de las de Robert Walser, con sus formas breves que son como estados de ánimo y digresiones. «Para mí los bocetos que ahora produzco de vez en cuando son capítulos más cortos o más largos de una novela. La novela que estoy escribiendo es siempre la misma y podría describirse como un libro rebanado de varias maneras o hecho jirones de mí mismo».

¿Qué es una deriva? Tal vez una deriva sea una especie de forma.

Hace ya un tiempo que me interesa la escritura que se lleva a cabo cuando no se está escribiendo. A lo largo del día me escribo correos electrónicos con Anna, una escritora con más éxito, que vive en otra ciudad. Ambas firmamos hace años el contrato de nuestras respectivas novelas. El arte es tiempo, me escribe, sobre todo una novela, debe ir despacio, debe tomarse el tiempo que necesita. A lo largo del verano, ensayo el tiempo. Intento no dejar que los días se desdibujen. Pruebo a estar en la habitación, fuera de internet. Ese verano, junto con los cuadernos negros que se me acumulan como lápidas en fila, empiezo a escribir un diario del que, creo, saldrá *Derivas*, cuya cubierta de color amarillo canario hace juego con mi ejemplar de *Los hermanos Tanner* de Walser, que leo cada temporada en tandas cortas, y que no termino nunca.

Estiro el cuello y veo el primero de los cuadernos amarillos sobre la mesita que hay en la otra punta de la habitación, en una pila de diarios ya terminados y otros a medias, blocs, notas impresas, páginas manuscritas y fotografías. En el interior del cuaderno amarillo anoté mi dirección y mi nombre, solo que con una versión ligeramente distinta de mi apellido, lo que me hizo sentir que había entrado en el espacio de la ficción. El cuaderno era para un libro titulado *Derivas*, pero es distinto al libro que intento escribir ahora. Me sorprendió encontrar estas notas dentro. Ese *Derivas* quería ser una historia de detectives, o tal vez una novela negra. Como algo salido de una película de Antonioni. En busca de algo perdido o desaparecido, aunque aún no sabía qué buscaba ni a quién.

Paso los veranos siguiendo a Genet, mi pequeño *terrier* negro, mientras adopta distintas formas oscuras sobre la alfombra o el parqué, según el estampado que traza la luz. Va y viene nervioso por el despacho, aguarda en la puerta y, de todas las comodidades que le voy colocando por la casa, finalmente se decide por la alfombra de vellón falso que hay bajo mi mesa. No le gusta quedarse quieto en el despacho, no está cerca de ninguna fuente de luz solar, ni de ninguna ventana por la que pueda mirar. Para poder pensar, tengo que ignorarlo, ignorar su apetito, sus ganas de jugar cuando empuja la pelota hacia mi mano. Le doy de mis rodajas de mango deshidratado, que como para masticar algo consistente; masticar como pensar, pensar como masticar. Por la mañana, después de que John se vaya al museo, tomo un café tras otro, la clave consiste en no pasarse y en acordarse de desayunar: granola, yogur y fruta o una tostada tras otra. La clave consiste en acordarse de apagar internet y mantenerlo desconectado. La clave consiste en intentar no moverse. La distracción que supone el ladrido de Genet. Sus ladridos habituales contra posibles intrusos. Sus diálogos con Fritz, el ridículo *labradoodle* de pelo claro que aúlla desde la ventana del primer piso del bloque amarillo pálido y estilo colonial de al lado. La irrupción del correo que entra por la ranura de la puerta, el corazón de mi perro latiendo en su pequeña caja torácica. El gruñido que aumenta según corre por la casa, derrapa en la esquina, araña el suelo cuando se dirige a la ventana frontal y estalla cuando otro paquete se entrega en el piso de arriba, su sistema nervioso simpático que absorbo, su paranoia e intensidad que comparto. Veo al cartero fumando sus cigarrillos marrones en la calle. Nos saludamos. Sospecho que se enciende uno después de venir aquí. Me

ha visto en distintos estados de desnudez, después de haberme pasado todo el día mirando pantallas en el sofá. Con qué frecuencia, cuando estoy en casa, miro la bandeja de entrada como si fuera un oráculo, para recordarme que aún existo.

Fritz el Frágil. El apodo de Nietzsche. Una vez lo quise acariciar. No le gustan los otros perros ni tampoco las personas: un auténtico solitario. También pienso en la escritora austríaca Marianne Fritz, en que se quedó en su casa con sus trozos de papel, escribiendo sin cesar su obra densa y cada vez más indescifrable. Sigo obsesionada con quién es romantizado en literatura como un ermitaño, y con quién, por quedarse en su mundo interior, es visto simplemente como un loco. La locura de escribir frente a la locura de no escribir. Walser, que ingresó en el manicomio de Waldau no para escribir, dijo, sino para estar loco.